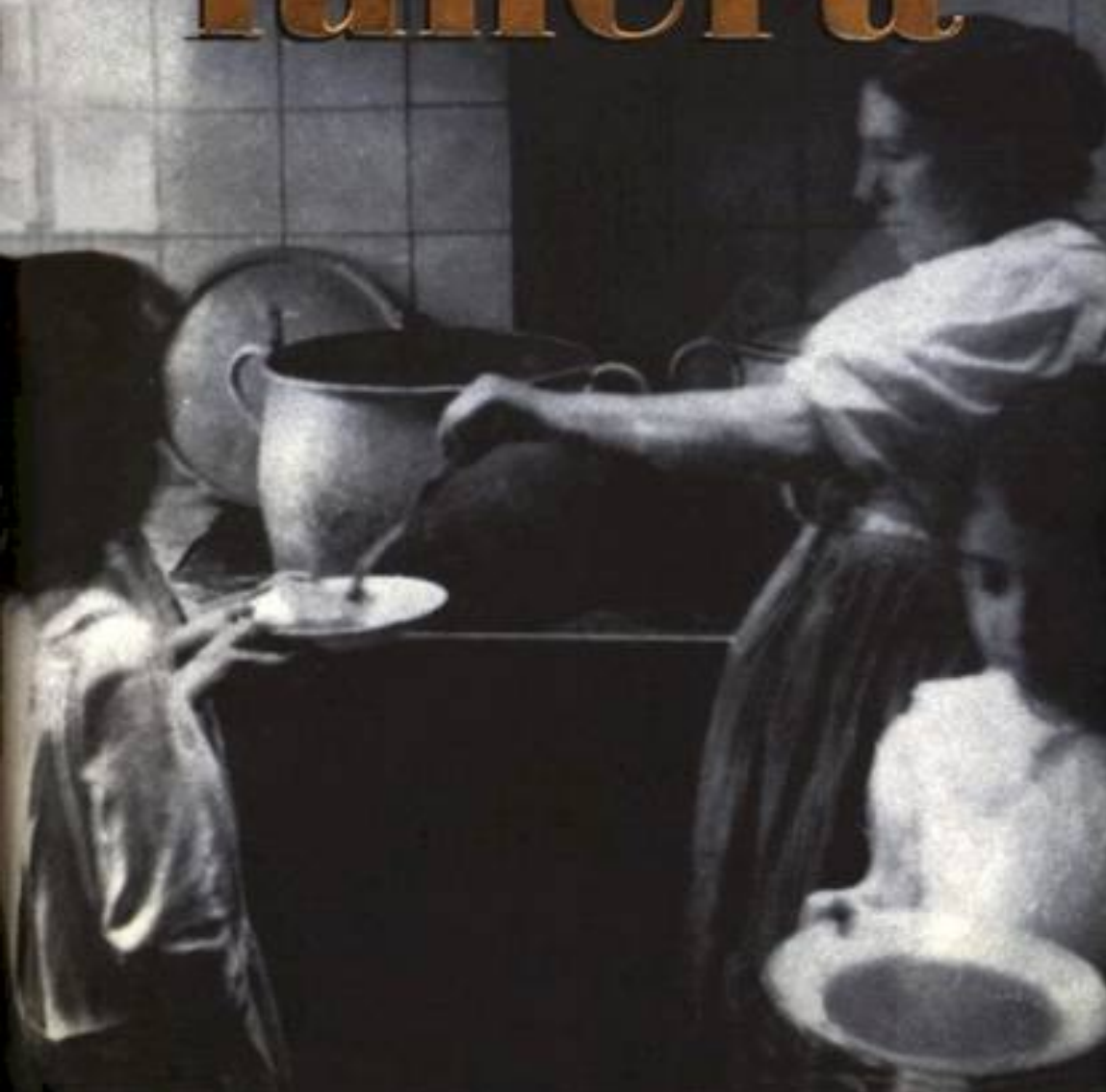


ROSA REGÀS

Luna lunera



Elias, Pía, Alexis y Anna atraviesan de nuevo el umbral de una puerta de la calle Fernando de Barcelona cerrada para ellos desde hacía muchos años. Los cuatro hermanos acuden a la cita de una defunción, la de su abuelo, que para ellos ya no tiene sentido. La muerte natural del prohombre Pius Vidal Armengol llega tarde para unos nietos cuyo juego de infancia más habitual había consistido en imaginar qué harían cuando el abuelo muriera, cuando llegara el fin del terror.

A partir de múltiples voces que se esfuerzan por encontrar su sitio en el seno de una familia rota por la guerra civil, Rosa Regàs relata en *Luna lunera* la conmovedora y desgarrada infancia de cuatro niños sometidos por el brazo despótico de un abuelo más católico que nadie en unos años de oscura devoción. A los niños que, como ellos, crecieron bajo el peso de una posguerra implacable y vengativa con los hijos de los exiliados y los perdedores, sólo les esperaba un futuro de internados religiosos, de vacaciones de Navidad sin regalos de Reyes, de visitas al Tribunal de Menores y de dedos acusadores por unos pecados que ni han cometido y ni tan siquiera comprenden.

Varios personajes, ante la presencia del abuelo moribundo, rememoran el pasado de una familia cuyo destino ha dependido siempre del hombre que se encuentra en el lecho de muerte. Un hombre muy autoritario, imbuido en la idea de ser un enviado de Dios. A través de las voces de sus nietos, que han vivido bajo su custodia, iremos reconstruyendo la historia de una familia rota por el carácter y las ideas de ese hombre obsesionado; de una madre que lucha por conseguir la custodia de sus hijos; del discurrir de la posguerra civil española, contada a los niños por las mujeres de la cocina. Un mundo cerrado, opresivo, hipócrita, violento, en el que la luz de un patio y una canción simbolizan la vía de liberación.

Luna lunera es una novela ambiciosa, apasionada, un fresco de los duros años de la posguerra, teñido por una mirada de comprensión y ternura.

A mis hermanos Xavier, Georgina y Oriol,
mi infancia, la única patria que tengo.

*... pobra,
bruta, trista, dissortada pàtria^[1].*

Salvador Espriu

*Assaig de càntic en el
temple*

Media España ocupaba España
entera
con la vulgaridad, con el des-
precio
total de que es capaz, frente al
vencido,
un intratable pueblo de cabre-
ros.

Jaime Gil de Biedma

Años triunfales

I

En la penumbra estática de la casa un timbrazo metálico e insistente alborotó el aire enrarecido como si hubiera echado a volar una bandada de luz y de tiniebla. Se abrió la puerta y el abad hizo su entrada en el amplio vestíbulo con esa precipitación que da cuenta de la importancia de un mandato que no admite dilación ni demora, y de la atención y deferencia que exige el rango de quien lo ejecuta. Lo recibió Manuel, el hijo mayor del moribundo, con un respetuoso, aunque distante saludo y unas explicaciones premiosas que él oyó con la dosis mínima de interés que mantuviera la impaciencia dentro de los límites de la escueta corrección. El abad, con más despreocupación que arrogancia, dejó errar la mirada por las paredes indiferente a los susurros de su voz. La casa entera casi a oscuras permanecía en silencio, suspendido en el aire estancado y en la insonoridad del ambiente el olor a alcanfor que desde hacía días la mantenía en un tono pardo, oscuro, como una fotografía antigua. Sólo el violeta del solideo del abad y de la capa liviana que con displicencia le colgaba por la espalda como si perteneciera a otro cuerpo rompía la sordina en que se habían sumido los colores de las tapicerías y los cuadros, igual que los ruidos que llegaban atemperados, allanados, de la calle.

La mirada dejó de fisgonear y, acompañada por el gesto pontificio de la mano, la fijó en Manuel para darle a entender que había comprendido la gravedad de la situación y que sobraban las palabras. Después levantó el brazo para señalar el rastro de alcanfor y con un paso en aquella dirección indicó que la conversación había terminado y que de-

seaba ver al enfermo. Manuel, más alto aún que el propio abad y más corpulento, se le adelantó para abrir el camino y el abad complacido lo siguió, pero Francisca, la anciana que había entrado a los dieciséis años al servicio de su señor, apareció de pronto a sustituirlo. Era regordeta y bajita, ágil aún a pesar de la edad, y para la ocasión se había vestido de negro con cuello de puntillas asomando por el peto del amplio delantal blanco, tan blanco y tan perfecto como el moño blanco con que llevaba recogido el cabello casi a la altura de la nuca. Los precedió en silencio, como una sombra más que avanza a pasitos menudos en la penumbra, y fue abriendo una tras otra las puertas y las luces que los iban acercando a la habitación donde su señor, postrado en la cama, había decidido morir.

—Así lo ha dicho —susurró Manuel sobre el hombro del abad.

—¿Dicho? ¿Dicho qué? ¿No estaba ya sin poder hablar? —preguntó con un gesto puntiagudo sin detener el paso.

—Cuesta mucho morirse, ha escrito —rectificó Manuel.

Al abad no le hizo demasiada impresión esta respuesta o no quiso entenderla, ni siquiera oírla, no había ido hasta allí para entretenerse en escuchar historias y Manuel, que se dio cuenta de que lo había dejado con la palabra en la boca y de que la pasión y la intención, meramente literarias justo es reconocerlo, que había puesto en esa frase tan profunda y tan definitiva de su padre no le había causado el menor efecto, dejó de hablarle a partir de aquel momento y guardó un talante despreocupado aunque ni ofendido ni ausente.

El abad, consciente de aquella reacción tal vez gracias a la infinita sabiduría que había acumulado a lo largo de tantos años de ministerio, prefirió no darse por enterado y se dedicó a mirar el entorno que lo precedía. Seguía los pasos de Francisca dejando un rastro de majestad el movimiento ondulante de su cuerpo, volaban someramente al compás de su paso los extremos de la capa como las alas de una

gaviota sobre el mar y la cruz pectoral que le pendía del cuello golpeaba al mismo ritmo sobre la pechera de su sotana.

En el salón de invitados, la última pieza antes de llegar al cuarto del moribundo, Monseñor se detuvo un instante observando el cuadro de una mujer tumbada, desnuda, con una serpiente enroscada en los tobillos y un velo azul vaporoso que le cubría con pudor el vientre y los muslos. Se quitó las gafas y acercó los ojos al extremo inferior del cuadro hasta que estuvieron a la distancia de un centímetro.

Un Martí Alsina, leyó, y se dirigió a Manuel con extrañeza como si le hubieran escamoteado este cuadro en la lista de obras completas de la casa.

—¿Hace mucho que lo tiene?

A punto estuvo Manuel de contarle la historia del cuadro que como todos los del salón y de la casa tenía la suya, pero sabedor de que ninguno de ellos había de pertenecerle jamás porque sabía que ya antes de morir su padre les había dado su destino definitivo, cambió de idea. Se los llevarán, pensó, pero se los llevarán sin historia.

El abad debió recordar de pronto cuál era su cometido aquella tarde y entender que por importante que fuera su ministerio en la casa su tiempo era limitado. Se apartó pues del Martí Alsina y siguió su camino tras Francisca que ya estaba abriendo la puerta. Las persianas bajadas y los cortinajes corridos detenían la última luz de la tarde que aún sin verla habría podido herir las pupilas del moribundo. El santuario, más tenebroso aún que el resto de la casa, retuvo por unos instantes la oscuridad que rompía con timidez el hilo de luz de la vela del *lignum crucis*, uno de los dos millones de esquirlas de la cruz de Cristo que de haberse ensamblado por un milagro habrían puesto en pie un bosque de cruces, un campo de martirios, como había dicho Manuel tantas veces desde que era niño cuando su padre no lo oía.

El abad acostumbrado a entrar siempre el primero se había adelantado a Francisca, pero cegado de pronto por el velo de oscuridad y el denso olor a aliento viciado, se volvió de nuevo hacia ella y con cierta repugnancia preguntó:

—¿Se lo han llevado?

—Está en la cama —dijo Francisca y haciendo un gesto de silencio dejó que se oyera el jadeo que ya iba tomando la profunda y acompasada respiración al borde del estertor de la agonía.

El abad, orientado por aquel ronquido silbante, vislumbró la cama con baldaquín en el centro de la gran pieza, tomó aire y se precipitó hacia el lecho. Aleteaba la capa en el ambiente cerrado y espeso y a punto estuvo de apagar la mariposa del *lignum crucis* que aleteó a su vez asustada y tembló con la amenaza de su extinción, pero acabó estabilizándose y volviendo a su humilde condición de centinela. Y entonces, como si se dispusiera a entonar un *Te Deum* con gran solemnidad en las gradas de la catedral, emulando el susurro sibilante como se emula la ronquera de un afónico, pero con la fuerza y el ardor de la santa alegría reflejada en su semblante:

—¡Señor Vidal Armengol! ¡Señor Vidal Armengol! —exclamó el abad—. ¡Me han dicho que esta noche, por fin, verá usted a la Virgen de Montserrat, a nuestra Moreneta!

Brotó la conciencia adormecida en la frontera entre la vida y la muerte y el señor Vidal Armengol emitió un gruñido que acabó en un lamento cascado, al tiempo que con un esfuerzo titánico trató de levantar la cabeza. Pero ya no había lugar para la protesta ni para la energía, y tal vez con una sombra de conciencia aún, se dejó vencer volviendo la mirada o lo que quedaba de ella en otra dirección. El abad se sentó en la cama y le tomó la mano inerte, blanca, surcada de venas azules exiguas ya, en la carne transparente.

—Salude al padre Mitjans. No se olvide, señor Vidal Armengol.

—Salude al padre Mitjans —repitió con entusiasmo—. Lo verá en el paraíso.

El anciano seguía jadeando.

—¿Me oye, señor Vidal Armengol? —preguntó entonces como si quisiera convencerse de que no se estaba dirigiendo a un muerto. Pero sólo le respondió una nueva tentativa de movimiento que otra vez se convirtió en gruñido.

Entonces el abad, tranquilizado, le habló como se les habla a los niños.

—Hemos sido buenos y el cielo nos espera, señor Vidal Armengol. Allí encontraremos a los amigos que nos han precedido, a los santos, a la Virgen. ¡Qué alegría!

Del señor Vidal Armengol no brotó el menor signo de esperar gozoso ese momento. Concentrado en su propia respiración ronca y entrecortada, como entrecortada sería tal vez la conciencia de lo que ocurría, gemía sin control un instante para quedar postrado enseguida, silencioso e inmóvil como si comenzara a morir decepcionado por las palabras del abad que no eran en absoluto las que había esperado. O quizá había entendido por fin que, de todos modos, no hay consuelo posible en el momento supremo de la muerte.

La habitación había surgido poco a poco de las tinieblas y el abad sin saber qué más decir después de haberle dado tanta esperanza, fijó la mirada en las fotografías de los hijos del moribundo en traje de primera comunión que colgaban de la pared que tenía enfrente. Intentó recordar sus nombres sin demasiado interés y sin conseguirlo tampoco. Los conocía sólo por las palabras y las confesiones del señor Vidal Armengol que, tras la muerte del padre Mitjans, no había tenido más confesor ni más confidente que él mismo, el abad, y de esto hacía ya más de diez años. Bien podía decirse, pensó, que como se decía de aquel rey español, Carlos III, el anciano señor Vidal Armengol moría sin haber cometido un solo pecado mortal. Había sido un hombre generoso hasta extremos que bordeaban la santi-

dad, había renunciado a su propia vida por los demás, era en verdad, tal como todo el mundo lo consideraba, un santo moderno, un santo de la vida cotidiana, de la responsabilidad y del bien hacer. Y no lo creía sólo por los beneficios que había otorgado al monasterio de Montserrat que al fin y al cabo no se debían más que a una generosidad de orden meramente económico, sino por el ejemplo que había dado a una sociedad que cada vez perdía más el norte y se olvidaba de cuál era su misión en este mundo. Sí, recordaba la muerte de su hijo Juan a mediados de los años cuarenta, la más lejana de Miguel durante la guerra civil, la desaparición de José que había sido fusilado en Montjuïc durante los primeros meses de la posguerra y que tantos disgustos había dado a su padre, el señor Vidal Armengol. Y también al mayor de los hijos, ¿Manuel se llamaba el que lo había acompañado hasta aquí? Pero ¿no lo había echado de su casa hacía ya muchos años y llevaban sin verse desde entonces? El desconocimiento de lo que hubiera podido ocurrir para que este hijo estuviera de nuevo en la casa de su padre le provocó una sombra de inquietud que se evaporó enseguida. Y el quinto, ¿quién era el quinto? No lo recordaba. En algún lugar estaría o ¿habría muerto también? Tal vez, menos problemas a la hora de abrir el testamento, pensó con indiferencia.

En la pared de enfrente, entre el armario de nogal y el balcón que daba a la calle vio el busto en bronce de Anna María Armengol, la madre del señor Vidal, sobre una columna de madera oscura, cuando debía de tener ya sus ochenta años. Sabía que había sido y que fue hasta su muerte una mujer de temple y empuje, se lo había dicho el muerto, qué digo el muerto, el moribundo, rectificó en el silencio de su mente, una mujer de genio, de humor y de coraje, según había deducido de los comentarios encomiásticos del hijo. El abad se levantó y se acercó al busto: llevaba la firma de un autor desconocido y la fecha, 1933. Dio un vistazo inquisidor a las paredes tapizadas de tercio-

pelo oscuro que habían resistido los avatares de toda una vida, aunque amparadas por la penumbra escondieran el desgaste del paso de los años tan evidente en cambio en los cortinajes del baldaquín que tenía al alcance de la mano.

Volvió la vista al lecho y ante la figura inerte bajo las frazadas no se le ocurrió otro pensamiento que ese «no somos nadie» o «a todos nos llega nuestra hora», que sin embargo repitió en su interior con la satisfacción de quien ha encontrado la frase adecuada al solemne momento. Le parecía estar viendo aún al señor Vidal Armengol unos meses antes, casi un año ya, en el mes de junio, estamos en abril, sí, casi un año, cuando él mismo había venido a esta casa el día de la procesión del Corpus. Era la primera vez en los veinticinco años desde que había terminado la guerra civil que el señor Vidal Armengol no participaba del cortejo de prohombres de la ciudad que vestidos de frac precedían el tálamo de la custodia, porque después de aquel primer ataque que lo había dejado al borde de la invalidez, apenas podía caminar ya. Pius Vidal Armengol lo recibió entonces, como en todas las ocasiones que el abad lo había visitado, con un respeto y un afecto que, bien lo entendía, iban más allá de su persona. No había entrado aún el abad por el portal de la calle que ya oía el pestillo del piso principal y el gran portalón se abría. Un raudal de luz invadía la ancha escalera de mármol siempre en la penumbra. El señor Vidal salía al rellano y cuando el abad alcanzaba el último peldaño, allí estaba él con una rodilla hincada en tierra tomándole las manos y besándole el anillo. Al abad le costaba levantarlo porque el señor Vidal permanecía así, semiarrodillado, quieto, los ojos cerrados por la emoción y las manos enzarzadas con las del abad, como si quisiera eternizar aquel grandioso momento de excepción.

Se acercó de nuevo al moribundo y, sin sentarse pero agachándose hacia su rostro para que pudiera oírlo, le habló de lo afortunado que había de sentirse al poder cenar

aquella noche en el paraíso, y después, habiendo ya arreglado un mes antes todos los demás asuntos económicos y financieros, incluida la cesión de cuadros, dibujos y pinturas que el señor Vidal Armengol tenía voluntad de ceder a su comunidad, no encontró nada mejor que decir. Se incorporó, se recogió un momento en sí mismo y susurrando una parrafada con las manos juntas en actitud devota, aunque algo precipitada, cerró los ojos y le dio la bendición.

—Adiós, señor Vidal Armengol —dijo todavía antes de partir—. No se olvide, saludos al padre Mitjans.

Y deslizándose por la habitación seguido de los aleteos de su capa y de Francisca y Manuel a los que la despedida había cogido por sorpresa, atravesó al ritmo de su propio trotecillo el salón de las visitas, el de música, la biblioteca, el largo pasillo y sin apenas detenerse en el vestíbulo, mientras Francisca trataba de alcanzarlo para abrir la puerta de entrada, pidió que se le avisara cuando ocurriera lo inevitable. Hizo un gesto de dolor y de humildad como queriendo dar a entender al mismo tiempo que ésta era la voluntad divina y que a todos nos llegaba nuestra hora, miró con extrañeza a dos hombres y a dos mujeres de treinta o treinta y cinco años —los nietos serán, pensó, pero ¿no estaban distanciados?— que acababan de entrar en el vestíbulo por la puerta del fondo dispuestos a despedirlo. Sin embargo no les dijo nada, se limitó a cerrar de nuevo los ojos y a darles a todos otra bendición con la solemnidad de una consagración o una beatificación, y desapareció por el rellano de la escalera donde lo esperaba paciente un monje.

Francisca permaneció todavía en la puerta para estar segura de que el pestillo funcionaba, murmurando y echando miradas de reconvención a los nietos que en absoluto tenían el talante adecuado a la ocasión, pero no consiguió que dejaran de hablar y de reír, aunque en voz baja. Entonces se detuvo, se enfrentó a ellos como cuando eran niños y les dijo con su acento valenciano que tras tantos años le

salía intacto cuando se irritaba: —Un poco de respeto por los que van a morir—, y con aire de dignidad ofendida volvió a la habitación del señor donde hacía guardia permanente desde que había enfermado unas semanas antes.

Pía, la mayor de las nietas, la miró con desconcierto. Cambió la expresión de la cara, abrió asombrada sus grandes ojos negros, y dijo más para sí misma que por responder a la regañina:

—¿Por qué habríamos de llorar su muerte? —y volvió con los demás. Un par de horas más tarde viendo que la agonía no se aceleraba se fueron el hijo mayor y los cuatro nietos con la intención de volver al día siguiente.

Santiago, el único hijo que vivía en la casa, se había instalado en el comedor y allí se quedó toda la noche bebiendo coñac a pequeños sorbos. Se le fueron poniendo los ojos brillantes y el contorno de los párpados irritado, y la punta de la nariz afilada se le iba volviendo roja. Tía Emilia, más vieja que nadie, esperaba en vano desde su cuarto que alguien le hiciera caso porque en la casa ya no quedaba más que la vieja Francisca pendiente a todas horas de su señor, una criada nueva y joven para ayudarla a la que no quería ni ver y la enfermera que se iría a las once como todos los días. Y ya no había nadie más. Todos habían muerto o se habían ido o habían sido desahuciados o expulsados, y el patriarca moría en la cama, solo.

Había llegado la hora tantas veces soñada y deseada, recreada y compartida día a día como un trasfondo al jolgorio o al silencio, a la fiesta y a las lágrimas, la hora de aquella liberación que habría sido para nosotros, sus nietos, la anhelada redención de tanto sufrimiento y de tanto desconcierto cuya esperanza, mientras tanto, nos había hecho niños silenciosos y arrogantes con la fuerza extraída del oculto valor de quien se atreve a enfrentarse a todas horas